

ACTUALIDADES

ADMINISTRACIÓN:
7.^a Avenida Este, 42 - Apartado 638
PRECIO DE SUSCRICIÓN:
Serie de 10 números: ₡ 1.00, pago adelantado

1916

COLABORACIÓN:
R. FERNANDEZ GUARDIA — ALEJANDRO ALVARADO
QUIROS — FABIO BAUDRIT — VÍCTOR GUARDIA —
FRANCISCO SOLER — ARMANDO SUE DE LIS — DE-
MÓFILO II — AMADO NERVO.

Año I - No. 2 **BISEMANARIO DE LA VIDA NACIONAL** San José, 7 Diciembre

DIEZ CÉNTIMOS — Director, FRANCISCO SOLER, Editor — DIEZ CÉNTIMOS

EDITORIAL

La razón o la fuerza

El Poder Ejecutivo está completamente dispuesto a silenciar la prensa nacional que no se resigna a contemplar sus desafueros con la rodilla hundida en la tierra y las manos hacia la altura en actitud de místico arroboamiento.

Y en vez de asumir una postura gallarda, de razón, de limpieza, de honradez, probando con números y con hechos al periodismo sincero que los hombres actuales son calumniados, se secuestra—se secuestra, esa es la palabra—a los escritores independientes al amparo de las sombras para confinarlos a regiones mortíferas de donde no los saca ni el mandato imperativo del más alto Tribunal de la República.

Lo peor del caso aquí es aparte del conflicto de Poderes que ha surgido, los manejos que se hacen con el Tesoro Nacional mientras la prensa, violentada por el Poder Ejecutivo permanece muda. Antes que haber confinado a hombres de las condiciones de altivos de don Asdrúbal Villalobos, pudieron los señores Ministros hacerse acompañar de algunos miembros del Congreso para preparar el informe que demandó el Poder Legislativo acerca de la manera cómo han sido invertidos los fondos de eventuales y el excedente. Pero no, que en las Secretarías de Estado al presente corren, van y vienen todos los empleados en consultas al jefe para concertar en qué forma se da cuenta de ciertos gastos torcidos. Y ahora que se le presenta al Ejecutivo ocasión de manifestar al país que se le calumnia, emprende la sinuosa vereda de no detallar el informe detallado que se le exigió y el Congreso, con el beneplácito de una mayoría que no abunda en escrúpulos, será víctima de una nueva y sangrienta mofa.

El Poder Ejecutivo, con una asombrosa inconsciencia que hace horizonte, ha olvidado sus deberes primordiales al grado de perder el respeto a los dos Poderes restantes. El día cuatro del presente mes la Corte Plena decretó la libertad del periodista don Asdrúbal Villalobos. Pnes bien, a estas horas no se tiene noticia de que se le haya comunicado siquiera la orden al interesado. Y de las palabras de los funcionarios a quienes se

ha interrogado al respecto se desprende que el Gobierno está en la disposición de declararse en rebeldía. Como el hecho de que el Congreso autorice la acusación que corresponde contra el Designado en ejercicio y los Secretarios de Estado en los despachos de Guerra y Gobernación es punto menos que imposible, tales son las proporciones de nuestra corrupción, preguntamos a grito herido si es posible que los señores Magistrados continúen impartiendo justicia hipotética, falsa, fantástica.

No lo creemos.

Por lo menos de algunos no lo creemos. No puede decrosamente un hombre de los antecedentes de limpieza de don Alfonso Jiménez, el puro, continuar sirviendo de escarnio de las figuras de papel-piedra que mandan. No puede un hombre de la energía de don Luis Casero Ureña, que acaba de defender los derechos de la República ante la Corte de Cartago, continuar expuesto al ridículo que hace todo funcionario mulicificado por fuerzas impetuosamente ciegas. No puede un Gevarado Guzmán, por su sola juventud, consentir en ser la irrisión del país durante todos los años que le quedan por delante.

Estamos frente a frente de uno de los problemas morales de más importancia que se han presentado en nuestra raquítica historia: la quiebra total de la administración de justicia.

Hemos llegado al punto de someter a prueba la rectitud y el orgullo de nuestros Magistrados, blasón de las instituciones de esta pequeña República tan venida a menos.

En la caída de la razón toma el cetro la fuerza.

Pero la fuerza no toca a las almas libres como lo garantizan los ejemplos de la historia: Epicteto, el esclavo que vino hasta nuestros días a enseñarnos las verdades amargas de su filosofía; Francisco, el misero de Asís que frecuentaba a su Dios en la oscuridad de la celda; el Tasso; Cervantes, que en la prisión se entretuvo haciendo cosquillas a los siglos que todavía están desterrados de risas y otros y otros para quienes los dolores del cuerpo han sido el precio infimo a que se adquieren ciertos lujos del espíritu reservados a muy pocos en la vida.

Ayer y hoy

En cierta ocasión no lejana el doctor en leyes don Manuel Diéguez montó en cólera e hirió por la prensa al redactor de un semanario que tuvo la mala ocurrencia de aseverar que dicho profesional devengaba la suma de quinientos colones mensuales, por servicios prestados al Gobierno.

En verdad de verdad ignorábamos nosotros que servir al gobierno fuera cosa mala, pero la ira del doctor Diéguez subió tanto de aquella vez que nuestra ignorancia convirtióse de golpe en duda. Mas por nuestra fortuna, a estas horas estamos ya orientados pues el quisquilloso abogado y consejero acaba de aceptar un estipendio de cuatrocientos colones a cambio de consejos profesionales.

Ya vemos que el enfado del ilustre consejero consistía en la equivocación de la cantidad, pues quizá él no estima que su trabajo pueda valer quinientos colones y le incomoda que le den cien sin haberlos ganado.

Tiene razón el doctor. Así proceden los hombres meticulosos. Cobran sus servicios a precio justo, ni centavo más, ni centavo menos.

Nos alegramos, por otra parte, que el Ejecutivo haya hecho una adquisición tan lujosa como es el señor Diéguez pues a fe que desde hace mucho tiempo se está haciendo necesaria la presencia de una cabeza en las alturas.

La boda de mañana

Mañana contraerán matrimonio la señorita René Bonilla y el caballero don Mauro Aguilar.

René, graciosa, gentil y alegre, ha venido a ser el premio de la vida ejemplar de trabajo y sacrificio que ha hecho el amigo Aguilar.

Que la fortuna los acompañe.

De Administración

Las personas que deseen adquirir el primer número de ACTUALIDADES pueden solicitarlo a los agentes de *La Linterna* o bien pedirlo a la Librería de Falcó & Borrásé, 7.^a Avenida Este, N.º 42, Apartado 638.

El precio de suscripción es un colón, serie de 10 ejemplares. Pago adelantado.

LA VIDA PINTORESCA

Jorge Volio

Medio jorobado, prodigando siempre una sonrisa que es un pedazo de pan caliente, desarmados los ademanes, va este sacerdote sin sotana por nuestras calles, entre los saludos de las viejas que recibieron consejos de sus labios y las muchachas que recuerdan con mal humor haber confesado pecadillos cerca de una oreja que se ha convertido en mundana.

Porque a pesar del aire pudoroso que se apodera de su rostro en presencia de unas faldas de esas que permiten entrever discretamente un listón íntimo, este muchacho vigoroso, creyente y altivo, no puede resistir la tentación de tender un piro, como una capa andaluza, para recoger las huellas de un par de piecitos menudos, ligeros, y silenciosos cual un soplo.

Alma atormentada que habría destacado en la defensa de los fueros del Rey don Carlos con más audacia y sencillez que Santa Cruz el pecosco rubicundo, pero sin la ferocidad de aquel gerifalte de pico corvo y garras cobrizas que en arrebatos místicos pedía al Todopoderoso fuerzas, intrepidez y vida para colgar de un álamo hasta el último hereje que blasfemara en español.

En las noches, de hinojos, amontonado igual a un traje en el suelo, ausente de sí mismo en revuelo espiritual hacia las alturas donde vemos las estrellas y él encuentra al Creador. Pero bajo los ardores solares es un guerrillero impaciente y liberal que reparte absoluciones entre el fragor de las ametralladoras y los gritos de odio que desfiguran los rostros de la soldadesca. Cuentan que en un encuentro allá en La Paz, pueblo resplandeciente y polvoso, abrumado de las chicharras, dejó tendidos por tierra a casi todos los hombres a su mando pero él fué el primero en caer con el pecho agujereado.

Mas la verdadera vida agitada de este antiguo tonosurado no es la que pasa ante nuestros ojos. Es la que bulle en silencio cuando queda frente a frente de sí mismo. Fervoroso y clemente, encontró un día, porque así le vino en gana pensar, que no era bastante digno para servir un sacerdocio y colgó los hábitos sin haber renunciado a su credo, a fuer de leal con el Señor: bello ejemplo que no imitarán los cobardes.

Y ahora está allí, enseñando la historia y la gramática en un colegio; peor para él y mejor para los muchachos.

A menudo lo encontramos muy peinado, muy oloroso a lociones, debajo de un bombín que algún parentesco tiene con la cúpula de la parroquia de Alajuela, detrás de unas corbatas que dan miedo en fuerza de chillonas, cuestión de gusto únicamente.

Lo malo es que como están las cosas, y lo mucho que ha subido el precio de los pantalones, cualquier día lo casan.

Y mejor.

Pues este antiguo padre de la iglesia, resultaría un magnífico padre de familia.

Dos solteronas

Muy de mañana, a la hora en que se camina velozmente, con las manos entre los bolsillos, suelo encontrarme en el parque dos solteronas de pelo suelto y mejillas arbrileñas: la Cuquita Pacheco botoncico florecido en tronco musgoso, y Marisocorro Vargas, que tiene un lunar hacia la boca y es hija de un artista galano.

La Cuquita no sabe quién soy yo que le hago cariño y le pido un poco también. Maruja si que es mi amiga y me regala flores.

Pero yo las quiero a las dos por parejo, esperando, eso sí, que ha de perdonar la infidelidad.

A la Cuquita empecé a cobrarle simpatía por un detalle que para mí tiene mucha importancia si bien es baladí: la primera vez que hube de verla, en un pasillo del teatro, con las cejas pobladas, los ojos prematuramente profundos, el talante un si es no es despectivo, toda ella leve, menudita, de porcelana, recordé una muñeca de terracota que me regaló mi amigo Mariano Miguel del Val, muerto hace poco tiempo en silencio, lo mismo que vivió.

Me acerqué a ella para acariciarla, pero me resultó esquivamente refunfuñaona.

Entonces me alejé, acaso algo triste, pensando en la muñeca de Mariano Miguel del Val aquel artista excelso que no consintió en que yo pasara por el mundo sin catar lo que es el amor de un padre.

Luego, andando el tiempo, he logrado que me tolere la Cuquita, sonrisa que vaga por las calles, y me cuenta que va a la escuela, y que la sacaron en un cuadro plástico vestida de violeta y que ya tiene una sobrinita de «este tamaño» pero muy tonta porque no habla.

La Cuquita—picarueta—tuvo un novio. Y como los novios no son para verlos, lo besaba. Refieren que don Leonidas entonces, para quitarle la costumbre—qué cosas tiene don Leonidas—le dijo:

—A las niñas que besan al novio, se les hace un agujero en la cara por cada beso.

Y la perversa mocuosela, levantando las manos al cielo respondió:

—¡Hijo de Dios! ¡Cómo se le va a poner la cara a nuestra vecina!

A Maruja la encontré en la redacción de Guillermo Vargas, su padre, una tarde de lluvia. Dime a hacerle burla porque iba desgreñada y no tenía rizos para regalar. Pero ella, con el orgullo despuntante de la mujer que se reconoce bonita, se fingió indiferente, levantando los hombros. Días después la vi en el parque, donde me atajó:

—Ayer me hice crespos y lo anduve buscando para que me viera.

Poca lacha, coqueta y cómo goza cuando le advertimos que hemos notado que va endomingada y le piropiamos el lunar de la mejilla!

Tuvo un tiempo en que me mandaba flores. Luego perdió la costumbre. Una mañana le reclamé tan visible desamor:

—Ahora voy a traer para mandarle. Voy al jardín de abuelito.

Y al rato se presentó en el parque:

—Aquí llevo esta camelia para mandársela. Pero si quiere se la doy ya.

La camelia se ha ennegrecido. Cuando me la dió se parecía a ella. Ahora se parece a mí.

¡Ah, chiquilla del diablo! Con su gesto de candor logró lo que no han conseguido de mí ni los acreedores: me entristeció.

Me entristeció, pues yo sé que el cariño que me tiene esta chicueta coquetilla, ingenua y sonrosada, es porque me cree bueno como ella, lo mismo.

¡Qué horror!

Mañana, cuando sea mujer y aprenda a conocer a los hombres, sabrá que soy malo como todos.

Y ya no ha de quererme. Ni se peinará para mí. Ni me regalará flores del jardín del abuelo.

Santicos...

¿Qué ha sido de aquella elegancia de segunda mano, de aquellos aires de conquistador, de aquel ojal oculto tras la espléndida fragancia de una rosa recién cortada?

¡Pobre *Santicos Limpia-ventanas!* Está hecho una ruina. Ha quedado ciego. Y ahora va a tiantas, al acaso, a donde lo lleve la punta de un palo de escoba, único compañero que le queda en la vida, después de tanto boato, de tanto esplendor ¡oh mundo veleidoso! No ve. Ya las mujeres, que lo desazonaron, le son indiferentes.

¡Qué bien lo recuerdo! Era un resumen de la elegancia nacional. Concluía de gastar los sacos de Arturito Fernández; los pantalones de don Juan Rafael Mata le quedaban como confeccionados a la medida; y ¿qué decir de las botas charoladas de don Rafael Alvarado, el popular Chotarra? Así, convertido en una hoja de perejil, con los harapos de todas las casas, se lanzaba sus conquistas, una rosa en la solapa, un bastón en la diestra que giraba.

Era un feliz; casi un feliz.

Las chicas de entonces, que hoy son damas respetables — algunas, madres de seis hombrotres, otras, recibidoras de los bailes — se complacían en hacerle creer que estaban enamoradas de sus prendas — y de las que le regalaban — en punto de envenenarse.

Y él no lo dudaba.

Era tanta su elegancia, y tanto su desenfado en lances del corazón...

Allí por donde pasaba había de quedar rendida una mujer que sacrificaba por él posición, bienestar, honor.

Poca diferencia había, por cierto, entre este apuesto conquistador y aquellos que todos conocemos...

Pues si en verdad el amor es un engaño, un plácido engaño, un engaño piadoso, poco da que nos lo concedan por burla o de buena fe. El mismo placer ancho, quieto, íntimo, obtenía ese misero sentimental de quien reían las bocas que le juraban amor y besaban a otros que estos otros que al cabo habían de terminar por sorprender un bostezo. El juzgaba que le amaban y se entretendía en cometer inocentes infidelidades, más o menos lo que imaginamos hacer todos, quizá en el mismo grado de ridículo, con toda seguridad comprometiendo los mismos sentimientos.

Santicos Limpia-ventanas era un sentimental inofensivo, bueno con las mujeres a quienes entregaba sus sueños rosados sin exigirles nada más allá de una frase llena de ironía.

Pero a él le bastaba, como basta a otros una sonrisa benevolenta un beso.

Al cabo todo es lo mismo.

La cuestión es creer que nos aman y amar para no recibir más de lo que damos, que eso sí es algo doloroso.

Por eso, Santicos es un espectáculo triste, hoy que ha renunciado a su elegancia regalada y va con los ojos vacíos puestos hacia el cielo sin poder recibir las miradas de las mujeres que le regalaban botones de rosa para la solapa de un saco que perteneció a Arturito Fernández, como los inmensos zapatos charolados habían sido de Chotarra.

El era feliz cuando podía asomarse a la vida por las dos ventanas de aquellos pitafios ojos de la cara, por lo mismo que no tenía los del alma.

FRANCISCO SOLER

A propósito de la feria

Cuando la atención nacional está empujada en la mendicidad del Fisco, a muchos les parecerá por lo menos extemporáneo ocuparse de mendicidad callejera. No a nosotros que creemos en la necesidad de purgar a la República de toda clase de menesteros.

Hablemos, pues, de los pobres, es decir los mendicantes; de otra manera sería pecar de egotismo, enfermedad reservada, por la prioridad del más fuerte, a los Mensajes presidenciales.

Se les confunde con los vagos, y hay bastante motivo, pues el vago no vive de milagro, con lo cual da a comprender que, sin pedir, hay alguien que le llene y le abrigue y le aloje. Uno y otro disponen de largos ocios como cualquier oficinista, para fantasear y hacer planes pecaminosos; y son para ellos las ocasiones de encontrarse cosas mal puestas con qué satisfacer avideces incontinentes o calmar largas hambres. El Código Penal les abre capítulo juntos y les equipara en las penas; y aunque la ley de vagos ha sido renovada suelta, no ha acabado el público de desprenderse de la idea de que son calamidades en yunta para las cuales sobra y aun basta la cárcel.

Los que piden por necesidad o vejez, los enfermos, los impedidos, esa colección doliente que desfila de día y hace guardia, a prima noche ante nuestras casas, llenándonos de conmiseración y muchas veces de asco, están admitidos por la ciudad como se admite el polvo del verano y el lodo cuando llueve; hay gentes que creen de buena fe que al recluirlas se cometerá un abuso gravísimo contra la libertad individual, consagrada, en lo que hace al pensamiento escrito, por los últimos sucesos. Por lo mismo opinan contra la *Feria de Caridad* que se va a abrir en nuestro Coliseo.

* * *

La Caridad, de virtud recomendable, se ha convertido para Costa Rica en carga que debemos ahuyentar. Es virtud que lava el mismo pecado mortal, si investiga la miseria y da caza al necesitado en su propio lóbrego aislamiento, cayéndole como del Cielo con auxilios materiales y morales; por eso mueve tanto respeto la socia de San Vicente de Paúl que llega preguntando y alivia sin ostentación. Tiene dobles méritos la Caridad cuando logra apartar el velo de vergüenza que obliga a callar y a devorar sus males al individuo venido a menos o a la dama que sepulta bajo fingida altivez las granujadas de un esposo perdido o de un padre crapuloso.

Caridad que al revés de esto recorre las calles, penetra en los domicilios y hasta compromete el mal equilibrado bienestar de las familias, agenciando y aun forzando la limosna, es, para darle un nombre, un suplício social.

¿Y quiénes nos lo dan!

¿Sabéis acaso si la niña que implora a vuestra puerta es una mendiga de pega cómplice de un padre vago o ratero? Se conoce el caso de un acomodado pulpero chino que los martes pide limosna; abundan los que nos desgarran con su hambre y sólo alcanzan a satisfacer su sed de alcohol; se dan recetas prodigiosas que nunca despacha el farmacéutico y pagamos con largueza cuantos vamos enterándonos de que es para un niño moribundo; existe un sujeto en San José a quien todos hemos auxiliado para enterrar entre veinticinco y treinta hijitos que de otra manera hubieran caído desnudos en la huesa...

Recuerdo que en unas fiestas cívicas un automovilista tuvo la desgracia de atropellar un niño: el listo corredor de entierros se apersonó inmediatamente sobre el cadáver, lo estrechó en sus brazos, y llorando amargamente por el hijo del alma, recorrió el Parque Morazán provocando tanta lástima como limosnas; lo llevó a su casa, y teniéndolo en vela entre el propio lloro y el de su esposa y familiares inconsolables, fué sorprendido de pronto por la irrupción que hizo en la casa, donde había sido motivo para media noche de explotación, el verdadero padre del chico, un vecino del centro de Heredia!

Menos mal sin embargo estas maniobras son «vergonzantes»: oíd lo que respondió una mañana de estas a mi criada un asiduo limosnero de los días de fiesta, a quien le previno que era preciso meterse en la regla de «los martes» estatuida por la policía:

—¡Yo los martes no puedo venir, estoy trabajando!

¡Noble sed de trabajo que no abandona a ese hombre ni los domingos!

Es preciso, pues, que sepamos a cuáles protegeremos, aunque parezca contradecirse el consejo evangélico de hacer bien sin mirar a quién. De otro modo — no es paradoja — fomentaremos el mal con nuestra inconsulta caridad.

* * *

Mañana cuando se alcen los edificios que han de guardar a los mendigos, tendremos seguridad de que la contribución que para ellos y por modo directo o indirecto hayamos de poner, será gastada en provecho de verdaderos desgraciados, de individuos que si no fuera la caridad morirían en medio de las ciudades como esas bestias sin dueño que fallecen de vejez o de abandono a orillas de los caminos.

Al lado de esa caridad pública subsistirá no obstante la otra, la más eficiente, la que por deber moral o religioso estamos obligados a practicar, no al paso y a solicitud como se estilaba, sino con esfuerzo voluntario encaminado por amor a nuestros semejantes.

Tendremos la seguridad también de que la policía se encargará de los fingidos miserables para recordarles eficazmente la divina condenación al trabajo.

Y será apreciable la reforma más que otra cosa, por la salvación de esa multitud de niños y de niñas que en el paseo y en la calle nos asaltan con su repelente pedigueñería, que van a las casas y a las oficinas a llevar «papelitos» y a conducir recados, cuyas respuestas amargas o favorables ofenden de cualquier modo la pureza angelical de la infancia.

* * *

Ved aquí lo único que siento de esa reclusión saludable por demás. Cuando pasen años y los que ahora son niños encuentren la capital limpia de mendigos, oyendo a sus mayores si se entregan a los recuerdos, cuando señalen con la fantástica devoción de lo pasado los tipos que ahora embellecen, por decirlo de algún modo, nuestra vida josefina, esos habitantes nuevos, poco apreciadores de nuestro esfuerzo actual, nos cargarán la culpa de haberle quitado un aspecto pintoresco a la ciudad,

Echarán de menos a Chichiponche el pacífico, a Viviglesias la agresiva, a Panchito, buceador de caños; y los desfiles gloriosos de la pobreza por las oficinas de Bennett y la

fila de plantones imposable frente al Banco de Costa Rica.

Ni más ni menos que nosotros veríamos quizás con agrado cerrarse una semana el Asilo Chapuí, a cambio de mirar la chiquillería corriendo de nuevo por el Paso de la Vaca delante de las pedradas del loco Chiapas...

FABIO BAUDRIT

Un Magistrado fuera de lugar

A propósito del recurso de amparo presentado en favor del periodista don Asdrúbal Villalobos, tenemos algo que decir con respecto a la conducta del licenciado don Ezequiel Gutiérrez Yglesias, Presidente de la Corte de Casación.

Aunque el caso se presta a muy anchos comentarios, en consideración a que se trata de un hombre asaz avanzado en años, vamos a conformarnos con referirlo tal sucedió, mondo de adjetivos que aquí no vendrían mal. Cuando el licenciado don Albino Villalobos se presentó a advertir que habían transcurrido más horas de las que concede la ley a los Secretarios de Estado para informar en los recursos de Habeas Corpus, el señor Gutiérrez respondió que no había ninguna constancia de que el Ejecutivo tuviera conocimiento de aquel acontecimiento. Pero eso no es en verdad lo más grave. Lo más grave es que—según se nos informó en la secretaría de la Corte—el señor Gutiérrez dejó orden expresa al prosecretario de no poner en conocimiento lo de los Magistrados el informe del Ministro de la Guerra, si llegaba.

¿Qué se proponía el señor licenciado Gutiérrez Yglesias, Presidente de la Corte de Casación?

Lo ignoramos.

Pero seguramente no era impartir rápida justicia.

Y a no ser por la intervención honrada y oportuna del Magistrado Jiménez Rojas, por la enérgica actitud del Magistrado Castro Ureña y por algo que ayudó el Magistrado Fernández Bolandi, el señor Presidente Gutiérrez, por su parte, hubiera dejado sin amparo a Villalobos no podemos precisar hasta cuando.

Luego vino el votar a favor del recurso.

Mas no es posible pasar desapercibido que el señor Presidente, por buena práctica establecida, es el último en emitir opinión.

Es triste, es doloroso; el señor Gutiérrez, por razón de edad, no vivirá mucho sobre el haz de la tierra, y si cuando muera alguien tiene la humorada de escribir sobre su tumba que fué un juez ejemplar, los que presenciemos la reunión de la Corte Plena el día cuatro de diciembre, tenemos derecho de sonreír.

Ya lo saben en Nueva York

Con el título de *Can't beat him!*, el *New York Herald* del 14 de noviembre último publica la siguiente gacetilla que traducimos:

«Ya que hablamos de neutralidad, ahí está el Presidente de Costa Rica, el cual es un gran partidario de la política británica de expansión comercial y está aconsejado por un consejero comercial alemán».

Por lo visto, hasta en Nueva York se conoce la gran fama de don Juan Kumpel y su alta posición política en Costa Rica. Es de creerse que no tardará en llegar también a don Manuel Diéguez.

UN RAYO DE LUZ

Aún vive la República, a despecho de la satrapía que todos conocemos. Su arraigo en las costumbres y en el corazón de los costarricenses ha debido ser muy sólida, cuando el desequilibrio mental y moral del régimen que soportamos, no ha podido moverla de sus hondos cimientos.

Las malas orientaciones democráticas que ahora son de riguroso estilo, se han cebado en nuestras finanzas, han empañado los timbres de nuestra dignidad internacional, provocando a la vez en los diversos aspectos de nuestra vida nacional, la postración y el desconcierto. Pero en medio de esa astenia general, todos hemos sentido palpitar el corazón de la República, cuando once jueces que componen el Tribunal de la Corte Plena empujaron en una sola mano el lábaro de la libertad, haciéndolo flamear sobre todas las cabezas.

Ya lo dijo un hombre que tiene la estatura de Cincinato: no importa la miseria, no importa el dolor, mientras seamos de verdad una República!

Aquellos once jueces que ordenaron romper, en nombre de la ley, una orden nefanda que coarta la libertad de un ciudadano, son la viva encarnación del derecho.

Es secundario el punto de saber cuál sea el resultado práctico de esta declaratoria, si nos paramos a pensar en su valor y trascendencia. Ella envuelve una censura, y la historia guardará esa censura, que gozará

ciertamente de una vida más larga y más fecunda que la de los histriones que acertaron a provocarla. Que Villalobos, el gallardo mozo, vuelva o no vuelva a sus lares, aunque cosa importante, es asunto que se esfuma ante la magnitud de ese gesto evocativo y solemne por el cual el Poder Judicial señala con el dedo, a los ojos del país, el rostro del gobernante conculcador y perjuro.

Caiga en buena hora la afrenta que oprime al ciudadano, si del templo en que se guarda la justicia, —el mayor de los atributos del Señor—, presurge aún la voz del anatema!

Por eso bato palmas ante el infortunio de este discípulo y amigo muypreciado; por eso no me duelo de su saludable sacrificio. Yo que viví largos años consagado al severo ministerio del derecho; que sentí en ratos de inefable emoción, la santa fiebre de ese deber; que habría anhelado poner a prueba la vida en aras de tan austeros oficios—, yo me sentí embargado de fe y devoción ante esos hombres, amigos del Gobierno, que osaron decirle: alto; la amistad es de barro, las leyes de oro y nosotros de bronce.

Y dije a esos hombres ejemplares que aún se puede vivir, a través de cualesquiera vicisitudes, en un país donde la libertad del ciudadano, que es la eucaristía de la República, se halla en manos de tales sacerdotes.

¡Qué Dios conserve ese fanal en mitad de tanta sirtre y de tanta tiniebla!

VÍCTOR GUARDIA QUIRÓS

EL ESTIGMA

Con verdadero estupor ha venido leyendo el país en los últimos documentos firmados por don Alfredo González, ditirambos al despotismo. Con los estribillos Kumpelescos de falsa democracia y mal entendido liberalismo, alternan en ellos lamentaciones sobre la cortadía de facultades concedidas al Ejecutivo, que parecen sombríos presagios de un atentado definitivo contra nuestras libertades públicas tan maltratadas ya por este Gobierno de desastre. ¡Y no hablemos del calificativo de zarandajas aplicado a esas mismas libertades por el mismo don Alfredo!

El joven mandatario, a quien el Destino ciego sacó de la oscuridad de una notaría de Heredia para poner en sus manos inexpertas, o mejor dicho, en las del famoso don Juan Kumpel, el Gobierno de la República, padece visiblemente de la megalomanía de las mediocridades; y es cosa bien sabida que las víctimas de esta enfermedad no toleran la menor contradicción. De aquí su sueño dorado de absolutismo. En esto piensa como todos los incapaces, que no pudiendo dominar por la superioridad del talento, acuden a la fuerza brutal para imponerse.

El despotismo no es, por desgracia, cosa nueva en América, y por poco que se analice la historia de las repúblicas de origen español, vemos que en el fondo no ha sido más que una lucha continua entre la libertad y el despotismo, representado este último por los hombres que piensan como don Alfredo González y sus consejeros: Rosas en la Argentina, el Doctor Francia en el Paraguay, Rufino Barrios en Guatemala, etc., etc. En esta lucha cruenta ha ido venciendo a la larga la idea democrática. Los países de la América del Sur han conseguido ya libertarse casi todos de sus gobernantes providenciales y a ello

se debe su progreso y prosperidad; pero no así México y varias repúblicas de Centro América, que gimen todavía bajo la opresión bochornosa de los tiranuelos.

Costa Rica ha sido hasta ahora considerada como una excepción en Centro América. Cuentan que en una ocasión en que se hablaba delante del Presidente Roosevelt de los disturbios centroamericanos, dijo éste: «Entiendo que entre esas repúblicas hay una que es pacífica, ordenada y libre, que se llama Costa Rica. ¿Por qué no se unen las demás a ella, para que así tengan todas un buen gobierno?» La reflexión de Roosevelt es honrosa para nosotros, si bien revela una ignorancia completa de las condiciones existentes en Centro América. Don Alfredo González no piensa como Roosevelt. Según él, Costa Rica necesita de un gobierno semejante al de Guatemala, que es la forma más acabada del absolutismo.

En otro tiempo no parecen haber sido esas las ideas de don Alfredo González. Cuando escribió en su Mensaje inaugural que sin la libertad de la Prensa no hay democracia y no sería él quien llevara en la conciencia el estigma de haber conculcado esa libertad, es posible que fuera sincero; porque acababa de ver bajar del solío presidencial a don Ricardo Jiménez, que respetó religiosamente esa libertad, como la había respetado don Cleto González Víquez, a quien los amigos políticos de don Alfredo cubrieron de injurias y calumnias. Es posible también que tuviera alguna noticia de que antes de estos dos gobernantes, otros Presidentes de Costa Rica habían sido igualmente respetuosos de la libertad de la Prensa, única garantía verdadera de todas las demás. Habría oído hablar quizás de aquel patricio que se llamó don José

Rafael de Gallegos, quien tuvo que soportar el rudo embate de los primeros periódicos que se publicaron en el país; de don José María Alfaro y del Doctor Castro, mandatarios que no sólo soportan la Prensa, sino que la fomentaron y protegieron; alguna noticia tendrá tal vez de la lucha electoral de 1889 y de los ataques desenfrenados de la Prensa en aquel entonces contra don Ascensión Esquivel.

Y es seguro que si don Alfredo González hubiera logrado ponerse a la altura de aquellos y otros ilustres gobernantes de Costa Rica, habría respetado también la libertad sagrada del pensamiento escrito. Y entonces no habría tenido necesidad de invertir sumas cuantiosas en la compra de empresas periodísticas y en poner candado a otras, ni habría presenciado el país las tropelías de que ha sido víctima la prensa independiente.

El estigma que don Alfredo González no quería para su conciencia al hacerse cargo del Poder sin haber recibido un solo voto en las urnas electorales, lo tiene ya estampado con letras de fuego, con las mismas letras indelebles con que lleva encima los de haber conculcado la libertad del sufragio y haber faltado a un compromiso de honor.

DEMÓFILO II

Las cosas de Zelmira

Esta Zelmira se ha propuesto cambiar el mundo. Trata por el momento de enriquecer a los pobres y empobrecer a los que más o menos la pasan. Lleva organizadas dos veladas y cada ciudadano cuenta, a consecuencia de ello, con unos coloncejos menos en el bolsillo. A la tercera vez vamos a tener que responderle que «busque otro». Pero la verdad es que nos hace unas fiestas tan simpáticas que bien valen la pena de que concluyamos de arruinarnos.

El dinero del Marqués de la Cañada no bastaría, lo juro por mi madre, para que pagáramos por volver a ver bailar a Colett Guese el garrotín que nos recetó la última noche.

¿Quién es Colett? ¿De dónde viene? ¿Para dónde va? No lo sabemos. ¡Ni falta que hace! Bástanos con haber averiguado que es una linda mujer. ¡Lo demás qué importa! Una mujer bella es acreedora a todos los respetos y todas las admiraciones.

Le pasa, claro está, lo contrario que a las pobres y esmirradas feas. Las feas para que las toleremos están obligadas a advertirnos que son virtuosas, que son vivarachas, y con todo y eso a lo más que llegamos es a aceptarlas como esposas. Las feas sólo para esposas pueden servir, y gracias. En cambio las bonitas! Pero empiezo a notar que me resbaló, cosa que no conviene a un hombre de mi circunspección.

Y como si continuo hablando de la encantadora Colett voy a soltar un desafuero entusiástico que en Golfo Dulce—nuestra ardiente Siberia—no estaría bien purgado, mejor es que me ocupe de otras chicas, Lolita Castagnaro y Clementina Medal, con grave riesgo de incurrir en idéntico delito.

A Lolita la conocemos mucho y de sobra sabemos de lo que es capaz.

Pero Clementina Medal es algo inopinado, fresco, recién salido del horno para nosotros los ticos.

Ya en el doctor y general su padre, por lo recto, por lo severo, por la gravedad con que

manea la pluma del Magistrado y la espada del militar lo mismo que don Quijote, Paco Soler o Asdrúbal Villalobos, habíamos sospechado la presencia de sangre española.

Pero en la chica la sospecha desaparece; es una seguridad. ¡Qué salmuer! ¡Dios Santo! Ni en la mismísima tierra de la Macarena en persona! Empezar ella a bailar una seguidilla y aparecer el diluvio universal de los sombreros, todo es uno. Por mi palabra que si pusiera una tienda de sombreros para proteger a los pobres y los vendiese a precio de costo, estos no salían de apuros, vive Dios.

Un consejo para Clementina: no se le acerque mucho nunca a la sopa de su casa porque no van a poder comerla de pura salada.

Las chiguillas aquellas de Cartago, Guier y Mata, que representan los romances de nuestro Aquileo Echeverría son algo muy de aquí, como el picadillo de chayote, como los pejívalles, como los apellidos de los que asisten a la tertulia de *La Información* si hemos de dar crédito a Modesto.

¿Cuánto hubiera gozado el pobre Aquileo viéndolas!

Pero ni ese gusto pudo darse.

¡A que me ponga quejumbroso!

No importa, Zelmira, no importa, arruinenos, acabe de arruinarnos, pero denos más veladas.

Eso sí, como la del viernes.

ARMANDO SUE DE LIS

La "imposibilidad" de la Naturaleza

A propósito de la primavera

Un amable cronista de *Le Temps*, el habitual autor de «la vie a la campagne», Cunisset Carnot, reproducia, hará apenas una semana, cierto viejo tópico, muy traído y llevado siempre que la catástrofe, material o moral, se enseñorea de la vida. Este tópico es el de «la imposibilidad» de la Naturaleza.

«Tantas desgracias—decía—, tantos horribles duelos, tantos incapacitantes dolores, desencadenados en nuestros corazones por esta espantosa guerra; y la paradoja de que no podemos comprender nada de la indiferencia de la Naturaleza para con nosotros parece afirmarse más completamente todavía ahora que antes. Han vuelto las sonrisas de la primavera con su cautivador encanto, su dulzura, su generosidad. El retorno de la bella estación, radiante de sol, vibrante de calor, bajo un azul maravilloso, ha sido más encantador que nunca... y los ríos de sangre inundan la tierra, que triunfa luciendo su nuevo vestido y acentúan esa cruel tradición, mostrándonos que en este mundo imposible que nos rodea nada hay para nosotros que se parezca a la piedad...»

¿Cuántas veces, lector, has oído esta queja! No quiere el hombre aceptar la aparente (ya veremos que lo es) imposibilidad de la Naturaleza ante sus dolores. Se cree de tal manera el centro de la creación, que le parece muy natural que ésta se vele de tristeza con su tristeza, lllore con sus lágrimas, rija con sus cóleras y se amanse y endulce y llene de luz con sus sonrisas de felicidad...

¡Singular pretensión!

Verifícamos a las fuerzas todas del cosmos en un perenne cataclismo, en una constante cólera, en continuo sacudimiento, porque es a saber que jamás, en ningún instante, la Humanidad ha sido feliz ni ha estado en paz. El ciclón, la tormenta, las erupciones volcánicas, las marejadas, serían la regla general, si había de concordar la Naturaleza con el variable espíritu de los hombres.

Un sabio y el oredor

Se cuenta que hace mil ochocientos ochenta y tres años, un sabio que meditaba a la sombra de un árbol, en un rincón perdido del vasto imperio romano, vió de pronto oscurecerse el sol... sintió temblar la tierra. Un viento angustioso pasaba aullando...

Y no había para esto razón alguna aparente: ni una nube en el cielo, ni un posible eclipse, pues qué acababa de llenar la luna.

La Naturaleza en aquella hora de la tarde parecía retorcerse y angustiarse por primera vez en la sucesión de los milenios.

El sabio sorprendido exclamó: «O bien el mundo se desquicia, o el autor de la Naturaleza está sufriendo...»

Justo a aquella hora, en una colina pedregosa, hosca, reseca, un hombre desnudo, clavado en una cruz, exclamaba trágicamente:

«Eloí, Eloí, lammasabachani!»

«Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado!»

El dolor, la angustia, la melancolía

En realidad no nos damos cuenta de una cosa; de que nosotros mismos somos el dolor, la angustia, la melancolía de ese Universo, puesto que somos nosotros mismos su conciencia.

Dios ha hecho de nuestros ojos los ojos del Universo, de nuestra alma su alma; pues que El

no es ni una conciencia ni un alma ni nada que podamos nombrar y definir... ¡Quién sabe si El es sólo una ley!

¡El Universo padece, pues, en nosotros, se retuerce con nosotros, solloza, gime, espera o desespera, ama u odia con nosotros, y es un contra-sentido pedirle fuera de nosotros lo que en nosotros mismos está realizando!

Alguna vez me he quejado yo (en verso), de que algunos crepúsculos prodigiosos no fuesen contemplados acaso más que por mis ojos. ¡Queja absurda. Los ojos de cada hombre son los ojos del cosmos. El cosmos se mira, se contempla con la mirada de un hombre cualquiera, y desde el momento en que un ser contemplativo ha sido testigo del lujo y la opulencia de un ocaso o de una aurora boreal, el espectáculo ha tenido «taetro pleno»...

El corazón de la Naturaleza

En la mansa noche de luna, los hombres se matan... Suenan el tableteo seco de la ametralladora. El cañón sacude y atormenta el aire. No hay un pedazo de tierra que no esté removido y bañado en sangre, y del inmenso campo brota el dolor como una rosa de misterio...

Un hombre, en medio de toda aquella angustia, piensa: «Y la luna imposible que rueda por el éter, como bola de plata! Y las estrellas suaves que titilan y la brisa que suspira, y en un soto no lejano, indiferentes a la saña de los hombres, dosruiseñores cantan...» ¡La Naturaleza no conoce la piedad!»

¡Injusta queja! ¡La Naturaleza se encoge de piedad en el corazón de aquel hombre bueno! ¡El corazón de aquel hombre es en tal instante el corazón de la Naturaleza!

La armonía

¿A quién se le ocurriría pensar: yo estoy triste y mi dedo meñique sigue tan sonrosado como antes? Yo me muero de pena y mi cabello o tinte tan rubio y tan ensortijado como siempre! Más aún: yo sufro pasión de ánimo y mi rostro, visto en un espejo, parece imposible...

¿Y qué fuera de ti, oh hombre, si a cada pena moral se retorciere y angustiase cada una de tus entrañas, cada uno de los miembros de tu cuerpo, cada cabello de tu cabeza! ¡Bien está que ellos sigan su labor de vivir, independientemente de tu angustia, para que tú puedas, oh prisionero del cuerpo, hilar tu tristeza invisible y sentir así el llamamiento del edén lejano, del cual has venido, del cual no debes olvidarte!

Por lo demás, tú, sufres, tú, que no eres ni tu dedo, ni tu cabello, ni tu rostro, y eso basta! La viruela podría deshacer tu cara; el chuchillo del cirujano podría cortarte brazo y piernas. Podría extinguirse la luz de tus ojos... Y «tú», sin embargo, estarías allí. Tu «yo» no sufriría merma ninguna y continuaría sufriendo... sufriendo mientras carne que fué tuya se disgregaba insensiblemente debajo de la tierra...

Pues así es tu alma con relación a la Naturaleza. La Naturaleza no existe sino porque existes tú. Nada importa que el mundo se modifique a cada instante. Nada importa que todos los astros se deshicieran después de estrujamientos prodigiosos. Si tú quedabas en alguna parte para sufrir y gozar, la Naturaleza estaba allí, contigo, donde tú estuvieses sufriendo o gozando.

¡Mira cuán grande es, pues, el privilegio de tu Yo, y cómo esa supeditación y esa importancia secundaria de cuanto ves; hasta de muchos de los miembros de tu cuerpo, que pueden morir y

deshacerse, sin que tú, mueras, te prueba, en suma, lo contingente y subalterno de cuantas catástrofes mundiales constriñan—quién sabe por qué—el corazón del hombre!

La muerte no existe. Es una ilusión. Por no creerlo así, nos angustian tanto las guerras y hay quien se siente tentado de acusar a Dios de crueldad porque «permite» tales cosas.

La muerte y la vida no son más que dos fases, dos formas de una vida que no vemos, de una vida superior que hay en cada uno de nosotros, independiente de este flujo y reflujos de los nacimientos y de las agonías.

Ni nacemos cuando venimos al planeta, ni morimos cuando meten este cuerpo—que ya se ha transformado en treinta o cuarenta años incontables veces—en un ataúd.

La menor catástrofe de conciencia, el menor conflicto de orden moral, es superior a todas las conflagraciones, a todas las guerras, a todas las matanzas...

—Sí, dirás: la muerte no existe; pero se muere con dolor. ¡El dolor sí existe!

—¿Quién sabe, te respondo, si el dolor no viene sino de esa insistente e ilusoria identificación de nuestro yo con la parte inferior de nuestra naturaleza. Si te convencieseras como un Anaxágoras, como un Epicteto, de que tú no puedes sufrir con los dolores que te asaltan; de que estás más allá del dolor, sobre el dolor, inaccesible al dolor... entonces no te quedaría más que una posibilidad de sufrimiento: el del espíritu, el de la conciencia, de que te hablaba arriba, y aun éste se iría depurando y simplificando hasta que no pudieses sufrir más que de una cosa: de no poder conocer la verdad... Pero al propio tiempo que este sufrimiento, te vendría una idea consoladora: que si no puedes conocer ahora la verdad, es justamente porque te has identificado con tu cuerpo, con lo exterior, con la vida ilusoria; que la verdad está dentro de ti, y que la muerte, al romper la malla de la ilusión, te deja solo delante de ti mismo, y por tanto, solo delante de la verdad.

Fuera de este dolor de no conocer la verdad, no puede haber ninguna pena para el espíritu.

La guerra, rompiendo brutalmente centenares de miles de estas mallas de los sentidos, coloca muchas almas frente a la verdad... La guerra produce la muerte con más eficacia que otros muchos incidentes planetarios, y es, por tanto, una maravillosa desmoldadora de almas.

Mientras el mundo, mientras el Universo permanece al parecer imposible, y fulgura la plata de las noches y radia el oro de los días veraniegos, silenciosamente, misteriosamente, algo se levanta invisible del cuerpo de los muertos segados por la metralla, una conciencia más lúcida y serena, depurada por el dolor. Y esta conciencia que nadie ve, pero cuya acción irá sintiendo el planeta, es la propia conciencia de la Naturaleza.

ARMANDO NERVO

Cuentos grises

Los deliciosos cuentos de don Carlos Gagini en las Ediciones Minúsculas, se pondrán a la venta esta semana.

Esos cuentos son:

A Paris, Espiritismo, La leyenda del prestamista, La bruja de Miramar, El tesoro del Coco, El silbato de plata, Marcial Hinojosa, El secreto de Lelia. Precio: C 0.25



Busque Usted

en el número 18 de *Colección Eos*, por si lo pasó desapercibido, el artículo titulado *El Mensaje* (reparos sin importancia). Le interesa.

LEA USTED

LAS VÍRGENES LOCAS

(Cuentos de la guerra)

Imprenta y Librería Falcó & Borrásé

VOX POPULI

Soy ciudadano de esta República y tengo derecho de emitir mi pensamiento acerca de la reforma trascendental que está planteada ante el país por el Poder Ejecutivo. Pero estimo además que es un deber, si no se acepta dicha reforma, el de consignar una protesta contra esa ley, que no es la expresión de la voluntad general sino nacida al calor del capricho y del interés del Gobernante.

MI opinión es la de un simple vecino que ha esperado oír voces más autorizadas por el saber y la experiencia, y que ha leído para ilustrarse en la materia cuanto se ha escrito en pro y en contra del proyecto de tributación.

Don Alfredo González en sus largos mensajes presentados al Congreso, abogando por sus ideas nos hace el efecto del árabe del cuento oriental que soñaba despierto y que tenía dos vidas, dos personalidades, dos almas contradictorias.

Leemos en efecto una filípica contra las deudas, contra los empréstitos internos y externos contra la prodigalidad de los Gobiernos que comprometieron incautamente el futuro de Costa Rica, y todos sabemos que la Administración actual también vive del crédito, también derrocha en gastos superfluos, también tiene en cartera nuevos empréstitos extranjeros para salir de sus apuros. Mas aún, tan pronto el Congreso remache los clavos del nuevo andamiaje de los impuestos, corre el rumor de que se darán en garantía a banqueros norteamericanos para que remitan subsidios al Banco Internacional y pueda éste emitir el doble en papel moneda. Así el señor González podría recoger personalmente la cosecha que ha sembrado después de laboriosos afanes en el año y medio de mando que la divina providencia le reserva.

Cuando se inició la campaña para reformar la tributación, forzoso fué recordar los viejos principios de la ciencia económica, las doctrinas sabiamente comentadas por el catedrático de Derecho Administrativo, y el ejemplo de los países que van a la vanguardia del mundo, y se convino en que los impuestos directos son más justos, más razonables, de más claro mecanismo que los indirectos.

No era unánime este parecer y en contra escuchamos algunas objeciones que tienen su importancia y que se fundan en el conocimiento de nuestras costumbres, de la estructura social de Costa Rica.

Se dice por ejemplo, que el impuesto sobre la propiedad raíz gravará principalmente al agricultor, que es el principal factor de nuestra riqueza pública.

En el último Mensaje lo reconoce el señor González cuando dice: «Pero aparte esta necesidad la injusticia que se cometería gravando la propiedad fincada, esto es, la base de toda nuestra existencia y dejando libre la renta etc.»

Al gravar las fincas se pone al exportador costarricense en mala postura porque tiene que entrar en competencia, en los grandes mercados, al vender sus artículos, con hacendados de otras naciones o colonias que no tienen que calcular en los gastos de costo, las cuotas percibidas por el Estado, y eso será causa de inferioridad manifiesta para los nuestros.

Se dice también que el impuesto sobre la renta van a pagarlo las mismas personas que

responden al impuesto territorial. Debe atenderse a la peculiaridad de nuestra pequeña Costa Rica a donde no se han acumulado grandes fortunas, a donde los ricos o los que aquí merecen ese nombre, tienen la mayor parte de su fortuna al sol, en casas o en fincas y una pequeña cantidad en acciones, créditos hipotecarios o títulos de otra especie.

Y si así no fuera ocurriría el mismo fenómeno observado en Francia, país de grandes riquezas y capitales muebles, o sea que estos emigran al solo anuncio del impuesto de la renta, con grave pérdida para la Nación y para el Estado.

Se agrega juiciosamente por quienes conocen a nuestros campesinos acomodados, que éstos primero tendrán querrela con los gendarmes, antes que mostrar voluntariamente el detalle de sus ganancias anuales y que en definitiva el gravamen de la renta pesará de un modo desigual, con fuerte inclinación sobre los capitalistas de las ciudades que serán en definitiva los sacrificados.

Sin contar con el compadrazgo que es una de las dolencias de los países latino-americanos y con el interés político y la clientela electoral que falsean nuestro sistema administrativo.

El Designado en su Mensaje contesta este reparo atinadamente presentado por el Licenciado González Víquez, con unas cuantas frases que deseamos reproducir.

«Vivimos un régimen democrático-republicano, consideramos este régimen el mejor de los sistemas políticos y lo creemos el más saludable para el pueblo costarricense. Si así no fuera deberíamos abandonarlo. El principio democrático reclama para sí el mérito de ser el que más garantías de justicia, de derecho y de equidad ofrece a los ciudadanos; el poder de los que gobiernan emana de la confianza popular, que se supone expresada por el sufragio». En el caso del señor González Flores, esa suposición es gratuita, porque todos recordamos los manejos que precedieron a su elección. Continúa el párrafo: «Si de todas estas ventajas prácticas de la democracia desconfiamos; si vemos en la democracia simplemente una hermosa envoltura que oculta la corrupción en su interior entonces (apaga y vámonos) deberemos tener la entereza lógica de aceptar la verdad sin ambages y de buscar otro sistema que nos brinde con mejor resultado (?)».

La verdad sin ambages y toda esta retórica para ocultar la confusión que produjo el axioma emitido por el distinguido estadista que repudia el impuesto sobre la renta.

La verdad sin ambages. ¿Cuántos republicanos compañeros de lucha política del señor González han satisfecho los famosos pagarés endosados en el Banco Comercial?

La verdad sin velos es que constituimos una democracia porque no podemos ser otra cosa y que nuestra democracia no es sana ni está podrida del todo, que tiene algunas virtudes y los defectos inherentes a toda sociedad, con esto más que nos pertenece por la pequeñez: una red de parentescos, una malla de relaciones, un tejido de pequeños intereses que dificultan, entorpecen y a veces envilecen la acción del Governante más enérgico y de más sanas intenciones.

Respecto de la sobretasa municipal que se proyecta, y que como su nombre lo indica suena a llover sobre mojado, la objeción que desde luego se presenta es la misma que formula en sus mensajes el interesado en es-

tablecer el tributo: «Es un clamor constante entre nosotros que la administración debe descentralizarse más, pero como puede el gobierno central delegar parte de sus funciones en la Municipalidad si esta no tiene fondos para atender como debe a las que actualmente desempeña.» Esto quiere decir, con eufemismos, la bancarrota.

«No hay una sola Municipalidad en el país inclusive la de la Capital que pueda presentar una administración local verdaderamente buena. La razón es obvia, no hay rentas».

Tal vez no sea esa la única causa, porque San José y Limón sí tienen rentas, si no que antaño no se supo administrar, no se recaudó lo de muchos privilegiados y se malgastó y derrochó en política y en otros menesteres. Es muy reciente la indebida intromisión de la Corporación Municipal Capitolina en la última lucha electoral de 1913 y todos recordamos las cuadrillas de peones ambulantes que so pretexto de limpiar las calles sólo tenían este objetivo: aumentar el cociente electoral del Fernandismo y tomar parte activa en las ovaciones.

Sin embargo de tales argumentos y de otros que en un estudio amplio del tema pueden presentarse, se reconocen tales cualidades a los impuestos directos, que compensan ampliamente sus inconvenientes y que inclinan por lo mismo la opinión consciente a acogerlos favorablemente.

En buena hora que se suprima la Aduana y su detestable régimen de iniquidad para un país pequeño que no es industrial, que no podrá nunca bastarse a sí mismo y que tiene interés en procurarse todos los artículos del comercio lo más barato posible a cambio de los frutos de su agricultura. Urge la supresión de ese mecanismo dispendioso que ha encarecido a más del doble la vida comparada con épocas todavía recientes. Urge borrar esas tarifas antojadizas que no tienen criterio científico, sino el arbitrario albedrío del Fisco. Sería innegable el bienestar que obtendrían las clases pobres, que son la inmensa mayoría de nuestros compatriotas, en esta era de crisis funesta que sólo se desconoce en el Castillo Azul.

Que caiga también el engorro del papel sellado y del timbre y el impuesto oneroso de las sucesiones en la forma decretada últimamente que equivale a un nuevo nacimiento en cada familia numerosa, por la porción que se receta al Estado, pero sobre todo que se cierre el establecimiento de la destilación del aguardiente, que imitemos esta medida de emergencia, que lo es de salud pública, como las que se han dictado en algunas de las potencias europeas, que se prohíba tomar licor, venderlo y contrabandearlo con penas eficaces y que la nación pueda sin pecar contra la lógica castigar al infractor.

Los males del alcoholismo en nuestro país son proverbiales y se recuerda aun la carta pastoral del Ilustrísimo Obispo señor Thiel, escrita hace más de veinte años, en la cual con la verdad estadística en la mano, señaló a Costa Rica el abismo en que han de perecer las jóvenes generaciones de nuestra raza si el mal no se remedia.

Pero esto es una dulce ilusión y nada más. Al Governante actual alguien le ha hecho volver sobre sus pasos. En su primer mensaje, dedicado a sus ideas favoritas, prometía la supresión de la Fábrica Nacional de Licores y el retoque de la Tarifa Aduanera. Todos sabemos que esto no es posible de golpe, porque las dos rentas están dadas en garantía a los acreedores extranjeros; pero podría otorgarse el canje del producto del tributo

directo por aquellos. En este sentido hemos visto enderezar sus polémicas a los escritores oficiales y oficiosos que han dado a luz artículos de prensa y folletos de vulgarización.

Pues bien, el señor Designado abandona a esos amigos y da un mentís a esos viejos ideales. Por cuanto en Panamá, en Cuba y sobre todo en las metrópolis de los Estados Unidos, los habitantes pagan fuertes contribuciones al Erario y aquello anda mejor administrado que lo nuestro, no está dispuesto a cambiar nada, ni a suprimir nada: tendremos lo viejo y lo nuevo, lo justo y lo injusto, lo empírico, lo científico, o sea miel sobre hojuelas.

«Aumentemos, dice, en un cincuenta por ciento solamente los gastos en Costa Rica y veremos si es posible hacer aquí con nuestras propias fuerzas algo parecido a lo que se hace en otras partes».

Y cuando don Cleto se muestra receloso de que el sobrante de todas las contribuciones sería aguda tentación para gastos en vez de rebajar impuestos o pagar jaranas, don Alfredo exclama: «No es de temerse en mucho tiempo que las rentas produzcan un sobrante de consideración.» «Además, repito, hay mucho necesario que hacer que hasta ahora no hemos podido llevar a cabo por falta de recursos.»

[Las fiestas reales! Porque debido a la funesta crisis de la guerra, a los tres años de gobierno este nuevo Alejandro encuentra que no ha hecho nada, como el otro al subir al trono.

[La guerra! ¡Cuántos sofismas se cometen en su nombre! Según el criterio del autor de los mensajes presidenciales «el conflicto es el ápice de una época de transición que habrá de erigir nuevas normas para la vida individual y colectiva». «Sea cual fuere el resultado de la guerra, el Estado es hoy más que antes el órgano llamado a desempeñar en la vida social de los pueblos todas las funciones que sean superiores a las fuerzas individuales».

Esa heregia podrá ser aceptada y compartida en Alemania, en donde se someten de buen grado los devotos súbditos del Kaiser a las onerosísimas contribuciones con tal de desarrollar el plan que se había él trazado para igualar o superar la flota británica.

Es el Dios-Estado, la omnipotencia y omnipresencia del Fisco, teoría que ha sufrido, con la ruda prueba de la guerra, el más ruidoso de los fracasos. ¡Han obtenido, acaso, la victoria los Imperios Centrales, después de esquilmar durante cincuenta años a tres generaciones?

Frente a esa antigüalla, nosotros estamos por la asociación individual que ha engendrado la grandeza de los yanquis y de sus antecesores los ingleses, y por reducir la acción del Estado si esto fuere posible, a la representación internacional y a la justicia doméstica.

Para consolarnos de las palabras feudales del Mensaje que acabamos de estigmatizar, he aquí la fórmula del Maestro Zambrana, cuyo apostolado perdura y será siempre fecundo para la República:

«Nada de lo que puede ser hecho por el individuo debe ser hecho por el Municipio, nada de lo que puede ser hecho por el Municipio debe ser hecho por el Estado; la propia personalidad es sagrada e inviolable en todo lo que ella no desconozca o niegue la personalidad de los demás.»

Por el triunfo de este individualismo sano, de la libertad, de la justicia y del derecho, incluyendo el que tienen a la existencia las

nacionalidades pequeñas y débiles, pugnan en este momento las grandes naciones latinas, sajonas y eslavas, y si alguna lección resulta para nosotros de la magna guerra es la de que debemos abominar esa visión de CESARISMO MADE IN GERMANY que por lo visto quita el sueño al señor González Flores, sin reparar que aquí cerca en Nicaragua, el General Zelaya se encargó de desvirtuar para siempre la eficacia del sistema.

¿Desea el Gobierno actual que, repetimos, no es hijo legítimo del sufragio popular, darle sólida base a la reforma que medita?

Confórmese ante todo a sus antecedentes, a las opiniones de los partidos a quienes debe origen: en primer término al Duranismo y después al Fernandismo.

Nuestros partidos no son de ideas sino personalistas, es esta una verdad trivial. Para saber lo que se piensa en el Duranismo acudamos de preferencia a los documentos emanados del Candidato. He aquí algunas palabras del Doctor don Carlos Durán, copiadas de su manifiesto fechado el 15 de noviembre de 1915: «Son tan grandes y trascendentales los problemas que está llamado a resolver el próximo Congreso, que los diferentes partidos tienen el mayor empeño en vencer por la influencia que sus Diputados ejercerán en las decisiones que se van a tomar en asuntos de importancia capital como son los proyectos de tributación que el Poder Ejecutivo presentó últimamente a la Cámara. Estos proyectos podrían ser convenientes si sólo se tratara de sustituir la tributación indirecta por el impuesto directo, pero en la forma en que se presentan *ocultan nuevas y muy onerosas cargas para el pueblo de Costa Rica.*»

Es franca y neta la opinión del Jefe, ilustre por su probidad y por su amor a la ciencia, que siempre goza de inmenso prestigio entre sus conciudadanos, recientemente puesto a prueba con motivo del mal que puso en peligro su vida.

Al fernandismo, cuyas falanges se reclutan principalmente en los pueblos, partido esencialmente democrático y disciplinado que obedece y ha obedecido por un cuarto de siglo las consignas de su jefe, al fernandismo le han hecho *prédicas* de que los impuestos directos pesarán sólo sobre los ricos, como si esta enorme injusticia de un tributo especial para una clase de la sociedad fuera posible; pero la sensatez del tico rechaza esa promesa falaz.

¿Quién no comprende la incidencia del impuesto, quién no sabe que un clavo saca otro clavo, quién no espera la rebaja de los jornales o la cesantía de muchos trabajadores como contestación a las leyes nuevas? ¿Cuando se aumentó la tarifa de los timbres, pagaron los Bancos y los acreedores la sobretasa o ella pesó y pesa sobre los desheredados?

El Licenciado Fernández no es ni será indiferente a los clamores de su partido. Juega una carta de la cual depende su popularidad futura y la voz pública se ha encargado de transmitir que el votará en contra de los proyectos de ley que se discuten.

En tal caso, no cuenta el gobernante con el apoyo que más podría justificarlo, por ser el que le dió aliento a su administración y deberá hacer algo para cimentar su plataforma en que lo contemplamos solo.

De nada sirve un círculo de aduladores que rodean a todo Gobierno, ni es suficiente el olímpico desprecio que manifiesta a la libertad y a la opinión pública, ni podría

respaldarse con una mayoría lograda con forceps en el Salón de Sesiones del Congreso porque sabemos el origen espurio de las credenciales de los Diputados gubernistas, que datan de los comicios del último Diciembre.

La única medida que puede satisfacer ampliamente es la de convocar a un plebiscito, con tal de que no se repitan los manejos fraudulentos que adulteraron el sufragio en las pasadas elecciones. Así el pueblo dirá la última palabra en este debate y aceptará o repudiará con entereza el gravamen nuevo que se trata de imponerle.

En uno de sus brillantes opúsculos, decía don Elías Jiménez Rojas con la sagacidad que distingue siempre sus reflexiones, que desde que hizo su aparición en la escena política, este joven Presidente no había tenido más aspiración que la de llenar las cajas del Erario.

Un popular monarca francés dejó como símbolo de su período dos anhelos memorables: «en el momento del peligro seguid mi penacho blanco» y «deseo que por lo menos el domingo el campesino pueda poner una gallina en su puchero». El honor y la abundancia, el ideal caballeresco para los que mandan y el bienestar para los súbditos, todo un programa de buen gobierno en dos frases lapidarias.

El señor González Flores se encoge de hombros cuando se habla de penachos blancos, y el único caldo con que quiere que celebremos su nombre es el contenido en estas tazas: Impuestos, empréstito, confiscación.

ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS

San José, 20 de Noviembre de 1916.

Una destitución

El señor Ministro de Hacienda don Mariano Guardia Carazo ordenó la destitución de don Hernán Zamora estudiante de Derecho que hace su carrera a fuerza de sacrificios, y quien presentó el recurso amparo a favor del periodista Villalobos.

Así se estimula a la juventud en esta tierra de promisión.

El señor Guardia Carazo sabe servir al gobierno, indudablemente.

El gobierno sabrá pagar los servicios del señor Guardia Carazo no cobrándole los múltiples miles que es en deber a la liquidación de la quiebra del Banco Comercial.

Vaya lo uno por lo otro.

Primer aviso

Con el seudónimo de *Demófilo*, el consejero don Juan Kumpel trata de *payaso de la oratoria* al Licenciado don Cleto González Viquez en *La Información* de ayer.

Nos gustaría mucho saber lo que opina la Colonia Alemana de esta injuria inferida por uno de sus miembros, a un ex-Presidente de Costa Rica, que es gloria de la Patria.

En cuanto a Kumpel, no es malo que sepa que la paciencia tiene sus límites y que como dijo Aquileo:

*Ningún cristiano está zafó
de cualesquier contingencia.*

BERNARDO

Suscribase a "Colección Eos"

Librería Falcó & Borrásé

LIBROS PROPIOS PARA NIÑOS

<i>Cuentos de una buena madre</i>	1.75
<i>Leyendas de Flandres</i>	1.75
<i>Viajes y aventuras</i>	1.75
<i>Cuentos de la Alhambra</i>	1.75
<i>Cuentos de la Isla Dorada</i>	1.75
<i>Zoología pintoresca</i>	1.75
<i>Martin el tonelero</i>	1.50
<i>Cuentos de Andersen</i>	1.50
<i>Cuentos cortos de los hermanos Grimm</i>	1.50
<i>Floras y arboledas</i>	1.50
<i>Fábulas de Iriarte y Samaniego</i>	1.25
<i>El Kreutzer</i>	1.25
<i>Jardín para Niños, José María Zeledón</i>	0.75
<i>Fábulas de Iriarte</i>	1.25
<i>La vida es sueño</i>	1.25
<i>El Conde Lucanor</i>	1.25
<i>Hernán Cortés</i>	1.25
<i>Platero y yo</i>	1.25
<i>El Califa ciego</i>	1.25
<i>El hurlo sabboso</i>	0.75
<i>La voz de las campanas, Carlos Dickens</i>	0.75
<i>¡Dios salve a la Reina!, Allen Upwar</i>	0.75
<i>Minnie, A. Lichtenberger</i>	0.75
<i>Casa por alquilar, Carlos Dickens</i>	0.75
<i>Nerto, Federico Mistral</i>	0.75
<i>El secreto del ahorcado, Carlos Dickens</i>	0.75
<i>Manzana de amor, Francis Jammes</i>	0.75
<i>Jacobé, Joaquín Ruysa</i>	0.75
<i>Tom Sawyer, detective, Mark Twain</i>	0.75
DICENTA (JOAQUÍN)	
<i>Novelas</i>	2.00
<i>Spartarium</i>	1.75
<i>De piedra a piedra</i>	1.50
<i>Pör Bretaña</i>	1.50
<i>Rebelión</i>	0.75
<i>Casas nuevas</i>	0.35
<i>El pasaporte amarillo</i>	0.25
<i>El Capitán Anselmo</i>	0.25
<i>Cuentos</i>	0.25
GANIVET (ANGEL)	
<i>La conquista del reino de Maya</i>	2.00
<i>Idearium español</i>	1.25
<i>Hombres del Norte.—El porvenir de España</i>	1.00
<i>Los trabajos del infatigable creador Pío Cid, 2 tomos</i>	4.00
<i>Granada la Bella</i>	1.50
CERVANTES (MIGUEL DE)	
<i>Don Quijote de la Mancha, pasta</i>	2.00
<i>Entremeses</i>	2.00
<i>La Galatea, pasta, con ilustraciones</i>	1.75
<i>Obras menores, 2 tomos</i>	0.70
MIRÓ (GABRIEL)	
<i>Dentro del cercado, pasta, ilustrado</i>	2.00
<i>El abuelo del rey</i>	2.00
<i>Del huerto provinciano, pasta</i>	0.75
<i>Las cerezas del cementerio, pasta</i>	0.75
GÓMEZ CARRILLO (ENRIQUE)	
<i>Cultos profanos, pasta</i>	2.00
<i>Páginas escogidas, pasta</i>	2.00
<i>Literatura extranjera, pasta</i>	2.00
MARTINEZ SIERRA (G.)	
<i>Aldea ilusoria</i>	1.50
<i>Abril melancólico</i>	2.00
<i>El diablo se rie</i>	2.00
RUSKIN (JUAN)	
<i>Estudios sociales</i>	1.50
<i>Munera Pulveris</i>	1.50
<i>Los pintores modernos</i>	0.60
<i>La corona de olivo silvestre</i>	0.60
<i>Las mañanas de Florencia</i>	0.60
<i>Las piedras de Venecia, 2 tomos</i>	1.10
PÉREZ MINGUEZ (FIDEL)	
<i>Legislación de Automóviles para automovilistas, abogados y agentes de policía</i>	2.40
<i>La casa de Cervantes en Valladolid</i>	1.75
<i>Entre pinares</i>	1.75
ZAMACOIS (EDUARDO)	
<i>El seductor</i>	1.25
<i>Sobre el abismo</i>	1.25
<i>Punto-negro</i>	1.25

BLASCO IBAÑEZ (VICENTE)

<i>Oriente</i>	2.25
<i>Arroz y tartana</i>	2.25
<i>Flor de Mayo</i>	2.25
<i>La Barraca</i>	2.25
<i>Sónica la cortesana</i>	2.25
<i>Cañas y barro</i>	2.25
<i>El intruso</i>	2.25
<i>La Bodega</i>	2.25
<i>La Hoyda</i>	2.25
<i>La maja desnuda</i>	2.25
<i>Sangre y arena</i>	2.25
<i>Los muertos mandan</i>	2.25
<i>Luna Benamor</i>	2.25
<i>En el país del arte</i>	1.00
<i>Cuentos valencianos</i>	0.60

BENAVENTE (JACINTO)

<i>Figulinas</i>	1.75
<i>La noche del sábado</i>	0.75
<i>El dragón de fuego, pasta</i>	0.75

WALDO TRINE (RODOLFO)

<i>En Armonía con el Infinito, pasta</i>	2.00
<i>La Ley de la Vida, pasta</i>	2.00
<i>Vida Nueva, pasta</i>	1.50
<i>El Credo del Caminante, pasta</i>	0.75
<i>El respeto a todo ser viviente, pasta</i>	0.75

TOLSTOY (LEÓN)

<i>Koistomero</i>	0.75
<i>El cadáver viviente</i>	0.75
<i>El cupón falso</i>	0.75

INGENIEROS (JOSÉ)

<i>La cultura filosófica en España</i>	2.25
<i>Italia</i>	0.65
<i>La simulación en la lucha por la vida</i>	0.65

ARIOSTO (LUDEVICO)

<i>Orlando furioso, pasta, tomo I</i>	1.75
---------------------------------------------	------

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA

<i>Enfermedades de la nutrición y de los riñones, por el profesor Enrique Reale, pasta</i>	1.25
<i>Ayuda memoria del mecánico electricista, por Ricardo Yesares</i>	1.00
<i>Galvanoplastia, Niqueladura, Plateadura. Dorado, Encobrado y Metalizaciones, por I. Ghersi, pasta</i>	3.00

CAMBA (JULIO)

<i>Alemania</i>	2.00
<i>Londres</i>	2.00

VARIOS AUTORES

<i>El pozo de Santa Clara, Anatole France</i>	2.00
<i>Prometeo, Ramón Pérez de Ayala</i>	2.00
<i>Juanita la Larga, Juan Valera, pasta</i>	1.00
<i>Confidencias de artistas, Carmen Burgos</i>	2.40
<i>El Paño Pardo, J. Ortega Murillo</i>	2.00
<i>La novela de las horas y de los días, M. Ugarte, pasta</i>	2.00
<i>El Cerdo: Explotación y aprovechamiento por M. Escandón: Utilísima obra industrial y comercial</i>	5.00
<i>Balada, R. Sánchez Díaz</i>	0.75
<i>Juande Kadren, por J. Schultz</i>	0.60
<i>Jocasta y el gato flaco, Anatole France</i>	2.00
<i>De un mundo a otro, Alberto Insúa</i>	2.00
<i>Las ciencias naturales, Odón de Buen, 5 tomos pasta</i>	5.00
<i>Tierra libre, por Juan Grave, pasta</i>	1.00
<i>Primeras edades de la Humanidad, G. Engerrand, pasta</i>	1.00
<i>La substancia universal, Albert Bloch y Paraf Javal, pasta</i>	1.00
<i>Astronomía popular, Camilo Flammarion</i>	0.30
<i>Cuestiones obreras, Rafael Altamira</i>	0.60
<i>La revolución de México y el imperialismo yanqui, Gonzalo G. Travesi</i>	1.00
<i>De la Verdad, Emile Faguet, pasta</i>	0.75
<i>Los peregrinos de piedra, (poesías), J. H. Reissig, pasta</i>	2.00
<i>El rey Lear, (trad. de J. Benavente), Shakespeare</i>	1.50
<i>Noches Fantásticas, 2 t. por R. L. Stevenson</i>	0.60
<i>La Isla del Tesoro por R. L. Stevenson</i>	0.60
<i>La Reina de Rapa Nui, Pedro Prado</i>	1.00
<i>La ciencia del beso, V. de Saussay</i>	2.00

<i>Jerusalén en Dalecarlia, Selma Lagerlöf</i>	0.75
<i>Historias de locos, Miguel Sawa</i>	0.75
<i>Ansias de vida, Luis Q. Huertos</i>	0.75
<i>Nuestras hermanas, Henry Lavedan</i>	0.75
<i>Fausto, por Ivan Turguenev</i>	0.75
<i>El silencio, Eduardo Rod</i>	0.75
<i>Apuntes de un desconocido, Fedor Dos-toyeyski</i>	1.50
<i>Rey en la tumba, Anthony Hope</i>	0.75
<i>La sombra de Goethe, por A. Donoso</i>	2.30
<i>Mótelos de literatura, P. Agusti, pasta</i>	5.00
<i>La rebelión de los ángeles, Anatole France</i>	2.00
<i>El Dinamitero, por R. L. Stevenson</i>	0.60
<i>Juventud de príncipe, W. Meyer Förster</i>	0.75
<i>El maniquí de mimbre, Anatole France</i>	2.00
<i>El arte desde el punto de vista sociológico, M. Guyau</i>	3.50
<i>Triunfos nuevos, Alberto Ghirardo</i>	2.00
<i>Remo, por A. Margarit, pasta, ilustrada</i>	1.25
<i>El olmo del paseo, Anatole France</i>	2.00
<i>San Martín, Cochrane, O'Higgins, Diario de su residencia en Chile (1821) y de su viaje al Brasil (1823), María Graham</i>	4.00
<i>Educación Femenina, Conferencias</i>	0.75
<i>Zalacain el aventurero, Pio Baroja</i>	0.75
<i>La pequeña Cady, Camila Pert</i>	2.00
<i>Estudios Jurídicos, Antonio Maura</i>	1.25
<i>El jardín de Epicuro, Anatole France</i>	0.50
<i>La Grande Ilusión, N. Angell, pasta</i>	1.00
<i>Cuentos y crónicas, Carrasquilla M.</i>	1.00
<i>Vicios políticos de América, E. Pérez</i>	1.50
<i>Los Roquetillard, H. Bordeaux pasta</i>	1.00
<i>La Guerra, Los misterios del espionaje, nor F. Mota</i>	1.75
<i>La Escuela Moderna, F. Ferrer, pasta</i>	1.25
<i>El Socialismo y la Religión, F. Engels</i>	0.60
<i>Fausto, W. Goethe</i>	1.25
<i>Varias historias, Machado de Assis, p.</i>	1.00
<i>Preludios de la Lucha, por F. Pi y Arsuaga, pasta</i>	1.25
<i>El niño y el adolescente, M. Petit, pasta</i>	1.25
<i>Las aventuras de Nono, Juan Grave, p.</i>	1.25
<i>El origen de la vida, J. M. Pargame, p.</i>	1.25
<i>Correspondencia escolar, pasta</i>	1.25
<i>Miguel Servet y Calvino, por A. Dide</i>	0.60
<i>Emigración, por Alfonso de Vienne</i>	0.60
<i>El caso Leavenworth, A. K. Green, 2 t., pasta</i>	1.50
<i>Su Majestad, Henri Lavedan</i>	0.75
<i>Las vocas blancas, Eduardo Rod</i>	0.75
<i>Hernán Cortés y la epopeya de Anáhuac, Carlos Pereyra</i>	2.00
<i>La enjuta, Victor Catalá</i>	0.75
<i>La bella dormida en el bosque, François de Nion</i>	0.75
<i>El señor de Hallelborg, A. de Hedenstjerna</i>	0.75
<i>Ernestina, Prudencio Bertrana</i>	0.75
<i>Boda oficial, por R. H. Savage</i>	0.75
<i>¿Culpable?, W. Le Queux</i>	0.75
<i>El lunar, Alfredo de Musset</i>	0.75
<i>Por la vida, J. Pous y Pagés</i>	0.75
<i>El refugio, por Stevenson y Osbourne</i>	0.75
<i>Maria, por Jorge Isaac</i>	0.75
<i>Almas en pena, Bjornstjerne Bjønson</i>	0.75
<i>Erótica, B. Morales San Martín</i>	0.75
<i>Relato de un Nihilista, Anton Tchekov</i>	0.75
<i>Mergy el hugonote, Próspero Merimee</i>	0.75
<i>La novela de la Momia, Teófilo Gautier</i>	0.75
<i>Hipólita en la montaña, Mauricio Hewell</i>	0.75
<i>El zapatero y el Rey, José Zorrilla</i>	0.75
<i>El hombre de mundo, Ventura de la Vega</i>	0.75
<i>El recluta, Erkmann-Chatrian</i>	0.75
<i>El puñal del sodo, José Zorrilla</i>	0.75
<i>Fabian Airón, J. Pérez Bojart</i>	0.75
<i>Un estadista argentino, Alfonso de Sola</i>	2.00
<i>El espaldas montes, Franck Harris</i>	0.75
<i>La guerra actual, Alfonso de Sola</i>	2.00
<i>La vida en los conventos y seminarios, Luis Astrana Marin</i>	2.00
<i>Poesías completas, J. S. Chocano</i>	2.00
<i>Cómo haremos la revolución, E. Pataud y E. Pouget, 2 t.</i>	1.20
<i>El primo Basilio, Eça de Queiroz, 1 t.</i>	1.20
<i>Filosofía zoológica, Juan Lamareck</i>	0.60
<i>La ciudad de los locos, Juan José de Soiza Reilly</i>	1.50